

Diseño Editorial
Canela
(Gigliola Zecchin de Duhalde)

Diseño gráfico:
Helena Homs

Tejido de tapa:
Poncho altiplánico, siglo XVIII.
Costura de unión: bordado de raíz prehispánica.
(Gentileza Ruth Corcuera)

Lo que cuentan los mapuches

Primera edición: marzo de 2000
Primera edición en Chile: marzo de 2008
Segunda edición en Chile: abril de 2009

© 2000, Editorial Sudamericana S.A.
Humberto 1531, Buenos Aires, Argentina.
© 2008, Random House Mondadori S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile
E-mail: editorial@rhmc.cl
www.rhmc.cl

ISBN: 978-956-262-268-4

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso por Andros Impresores S.A.

LO QUE CUENTAN LOS MAPUCHES

Miguel Ángel
Palermo

Ilustraciones:
María Rojas

LA BÚSQUEDA DE SHUSHU

Según la tradición mapuche, un hombre puede casarse con más de una mujer; pero, en general, sólo caciques y otras personas importantes tienen varias esposas. ¿Cómo se llevan entre ellas? Y... cada casa es un mundo: algunas son muy amigas, otras se pelean a cada rato; depende de la gente. Pero cuando hay una mujer celosa y envidiosa, puede pasar lo peor. Como en la historia de Shushu.

Un cacique tenía una hija: Shushu, que en mapuche quiere decir "pupila del ojo". El hombre era padre de



otros hijos, pero a la que más quería era a ella; le parecía lo mejor que había en el mundo.

El cacique, aunque ya tenía varias esposas, tomó una nueva, que se llamaba Püllü y tenía bien puesto el nombre, que quiere decir "mosca", porque era fastidiosa y no servía para nada. Pronto, Püllü se peleó con las otras mujeres del marido. Pero lo que más la amargaba era el cariño que él le tenía a esa hija. La envidia y los celos la volvían loca; claro que disimulaba, para no quedar mal con el hombre.

Un día, otra familia importante pidió que Shushu se casara con su hijo. Todos estuvieron de acuerdo, y se fijó el día de la ceremonia. Püllü estaba furiosa al ver que todos hablaban de Shushu, que la muchacha era tan feliz y que estaba más linda que nunca. Por eso, le pidió ayuda a una bruja.

La bruja robó de una tumba el esqueleto de un guerrero muerto y a cada hueso le sacó una astillita, que fue guardando. Después, tiró el resto de los huesos en distintas direcciones y, gracias a su fuerza mágica, volaron lejos y se



enterraron al caer. En un morterito, molió las astillas y las mezcló con grasa de pájaro nocturno, con ponzoña de araña y de víbora, con hojas y raíces de plantas venenosas, mientras decía sus conjuros. Puso el menjunje en una vasijita y explicó a Püllü:

—Si la novia se unta la cara y la cabeza con esto, no hay casamiento; te lo digo yo.

Püllü se llevó el pote. La noche antes de la boda visitó a Shushu y le dijo:

—Esta pomada te va a dejar la piel fresca y el pelo reluciente. Yo misma te la voy a poner.

Y Shushu, confiada, la dejó.

A la mañana, cuando se levantó, se frotó los ojos y sintió algo raro. Se tanteó la cara y la cabeza, y descubrió algo horrible: no tenía nada de piel, era una calavera toda pelada.

Desesperada, se escapó de su casa, tapándose con una manta para que nadie la viera, y corrió hasta donde vivía un famoso *machi*, es decir una persona capaz de comunicarse con Dios y con los espíritus, que puede adivinar y curar. El *machi* empezó a tocar su tambor *kultrum*, mientras se balanceaba y cantaba a media voz en un idioma raro. Por fin, cayó al suelo, como muerto, mientras el alma se le iba del cuerpo y volaba lejos, para hacer averiguaciones. Al volver, el *machi* despertó y le explicó que el embrujo sólo se podía deshacer si ella encontraba los huesos del guerrero muerto. Pero él no sabía dónde estaban.

Shushu se fue sola al bosque y pasó días enteros



buscando, mientras vivía de agua de los arroyos y frutillas silvestres.

Una tarde, vio un movimiento raro entre unas plantas. Se acercó y encontró un huemul, el ciervo de los Andes, muy herido. Trajo agua con las manos, le lavó las heridas y le puso unas hojas que sanan. El animal la miró con sus ojos oscuros, rascó cuatro veces la tierra con la pezuña y, antes de irse, le dijo:

—Este es un buen lugar para cavar.

Ella hurgó en el suelo y del hoyo empezó a salir agua y cada vez más agua, que agrandó el agujero y arrastró un atado de huesos grandes: había piernas, brazos, caderas y costillas. Shushu guardó todo en su chal y siguió viaje.

Dos días después, cuando terminaba la tarde, se sentó a descansar y oyó una vocecita que pedía auxilio. Extrañada, miró y vio una hormiga que forcejeaba por desprenderse de la resina de un tronco. Shushu la soltó y la hormiga, antes de irse, le dijo con su voz minúscula:

—Hay que buscar aquí, aquí, aquí, aquí —mientras pegaba con su patita en el piso.

Shushu le hizo caso y escarbó con las manos. Apareció una bolsa, y al abrirla vio que estaba llena de huesos chicos.

La muchacha siguió viaje, con su carga. El bosque se acabó y ella subió por un cerro desierto y pedregoso. Casi de noche, se detuvo para dormir; estaba muy cansada. Y en ese momento apareció un enorme *nawell*, un jaguar, que rengueaba y bramaba despacio, dolorido. Así llegó hasta Shushu y estiró una zarpa, como mostrándosela: tenía clavada una tremenda espina. Sin miedo pero con mucho cuidado, ella tiró y se la sacó. Pero con esto acabó sus últimas fuerzas: estaba rendida, y cayó desmayada. Entonces, el animal le lamió la cara y la cabeza, como un perro cariñoso. Después se fue pero volvió enseguida; en la boca traía algo como una ollita, que usó para rociar a Shushu con agua fresca. El líquido la despertó y también salpicó los huesos. Cuando terminó de echar el agua, el *nawell* soltó la ollita, que rodó por el piso: ahí se vio que no era una vasija, sino el cráneo de una persona.

Y en ese mismo momento, los huesos empezaron a moverse solos, a arrastrarse por el piso y a ponerse en orden; la cabeza fue la última en ubicarse. Cuando el esqueleto se armó, lo tapó una niebla delgadita y se fue llenando de carne. Por fin, quedó completo el cuerpo de un hombre joven, que abrió los ojos y se paró. Era el guerrero de la tumba, que estaba vivo otra vez, y mi-

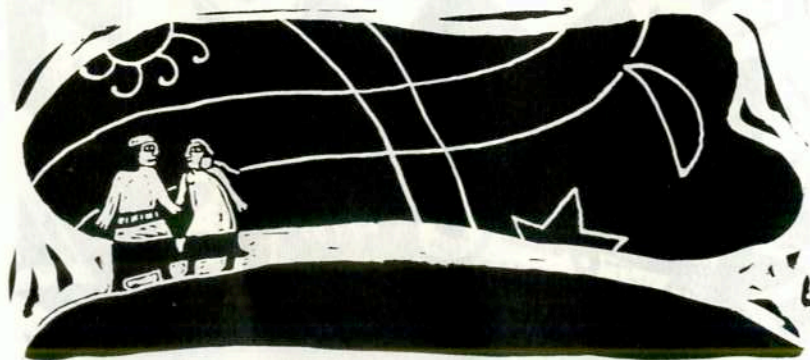


raba a Shushu. Pero no daba nada de miedo: era una persona viva y sonreía tranquilo, como el que se despierta después de dormir bien.

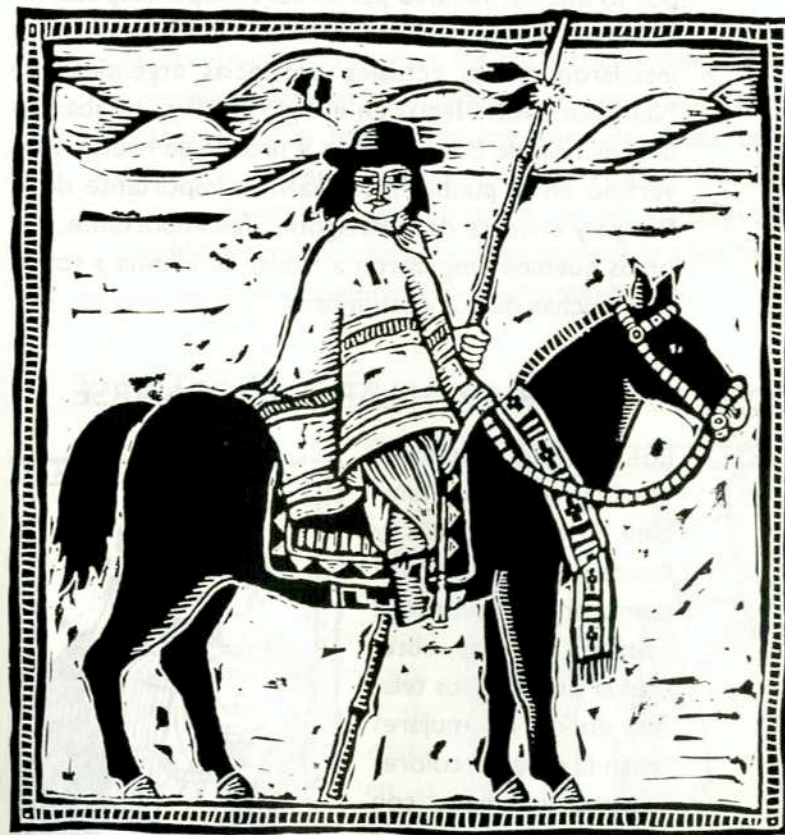
Ella se quiso tapar con las manos, para que él no la viera tan horrible como estaba, y en ese momento descubrió que tenía otra vez su cara y su pelo.

Y así va acabando la historia. Shushu volvió a su casa, hermosa de nuevo, con el guerrero resucitado. Cuando los dos aparecieron, Püllü se desesperó y trató de escaparse; pero ya era tarde: el cacique se había enterado de la verdad y mandó a sus hombres que la persiguieran y la mataran a lanzazos.

El guerrero se encontró con su familia, que pidió permiso al padre de Shushu para que los dos se casaran. Así pasó, y en unos pocos días hubo una gran fiesta. Eso sí: por las dudas, esta vez Shushu no se puso ninguna crema de belleza. Y la verdad es que no le hacía falta.



¿QUIÉNES SON LOS MAPUCHES?



Los mapuches son un pueblo repartido entre dos repúblicas: la Argentina y Chile. Los españoles también los llamaron *araucanos*, porque algunos de ellos vivían en el valle chileno de Arauco, pero su verdadero nombre es el primero.

En el siglo XV, los guerreros mapuches frenaron el avance hacia el sur de los ejércitos del Imperio Incaico. Un siglo más tarde, los conquistadores españoles